

La desconocida Extremadura



Es común la creencia—y a mi parecer algo tópico—, de que Extremadura es la región desconocida del resto de los españoles. Nada de eso. Si bien los medios de comunicación como Prensa, Radio y Televisión, a fuerza de machacar hacen que una determinada región esté en candelero, hay otras formas tal vez menos extensas, pero más profundas de conocer. Es el recuerdo grato o ingrato, del paso por una tierra que se añorará siempre.

En mi continuo viajar por las tierras de España, lo he observado: Extremadura es bastante más conocida de lo que la «vox populi» piensa.

Recuerdo, por ejemplo, cómo una mañana de primavera, vi sentado en un banco de la plaza de la Cruz, de Tarrasa, a un viejo que tomaba el sol. Me acerqué a él y le ofrecí un cigarrillo, que aceptó gustoso. Y hablando hablando, había hecho la trashumancia con los rebaños sorianos por la Siberia Extremeña y la Serena, llegando hasta Zafra.

—De Extremadura comí veinte años de mi vida moza, y ahora me da de comer esta tierra catalana en la que vivo con mis hijos. ¡Qué buena tierra era la extremeña! ¡Qué pastos más buenos!... En cuatro frases alabó una Extremadura que era «mantenencia» cada año de la cabaña española.

Años atrás, hallé en Cuenca a un señor, al saber que yo era extremeño, me dijo con los ojos radiantes;

—Allí, en Valdecaballeros, en la Puebla de Alcocer y en Herrera del Duque, comí yo los mejores melones de toda mi vida. ¡Cuánto me gustaría volver por allá, después de tantos años!

Había hecho la campaña de nuestra guerra por aquella zona.

En cualquier lugar encuentras personas que tienen un recuerdo amable para nuestra tierra y nuestros productos. Recuerdo que hace dos años, alabando yo el cordero que estaba comiendo en Cubillo, un pueblo segoviano limitrofe a Pedraza, el amo de la casa, me dijo:

—Este cordero no está mal; pero yo prefiero el chivo extremeño bien guisado; y el yerno, que había hecho el servicio militar en Mérida, añadió:



Tipismo y gracia del folklore extremeño. (Foto Verdugo)

—El cordero asado nuestro es muy rico, pero no le va en zaga una buena caldereta de tu tierra.

En la Puebla de Alcocer, hace diez o doce años, unos pastores leoneses que pastoreaban sus ganados en las orillas del Zújar, me comentaron:

—Aquí están los mejores pastos que existen desde Riaño a Córdoba.

Y tomando unos vasos de vino de Cañamero y unos trozos de chorizo de la Siberia, añadieron:

—Esto anima a vivir. Es un bocado que se encuentra en pocos lugares.

En un viaje de casi trece horas que hice en el «rápido»—¡Qué cosas!— de Barcelona a Madrid, entablé conversación con un anciano que había estado primero como tratante y luego como combatiente en nuestra guerra en los frentes de Alía y Guadalupe. Recordaba con amor y con dolor todos aquéllos pueblos, y Puerto Rey, y la Nava de Ricomalillo, a caballo entre Badajoz, Cáceres y Toledo. Estuvimos hablando de Extremadura por lo menos tres horas, y estoy seguro que ninguna información periodística hubiera dejado una marca tan extremeñista en el que me escuchaba y dialogaba conmigo.

Nuestra tierra ha sido una zona «de paso» a través de los siglos: celtas que desde el norte llegaron hasta Miróbriga— hoy Capilla—y hasta Fregenal— antes Nertóbriga—; romanos que dejaron profunda huella: ahí está Mérida; árabes que poblaron nuestra tierra de toponímicos: Zújar, Azuche, Tejubieda, Alconétar; reyes leoneses como Alfonso IX que repobló la Siberia Extremeña con gentes del norte, y de cuyo acto quedan vigentes los apellidos Cabrera, Babiano y Luengo; pastores de la Mesta después, en abanico que tenía sus varillas en Soria, Segovia, León, Valladolid y la Alcarria (y que aún pervive); valencianos que vinieron hace algunos años a trabajar la apicultura en Cáceres y Badajoz; y por último, turistas atraídos por Guadalupe, Mérida, Cáceres y Plasencia entre otras ciudades. Todos pasaron por Extremadura, y todos se llevaron algo dentro del alma que expresan en cuanto tienen ocasión.

Ese es un conocimiento espiritual, humano, puro y limpio, que hace que nuestra región no sea tan desconocida como aparenta. Porque estos hombres se lo contarán a sus hijos como me lo contaron a mí; y sus hijos, a sus nietos.

Conocer por la convivencia: ahí está el «quid» de la cuestión.

Juan-Pedro VERA CAMACHO